

Pepe Jara:

papel del intérprete, misión del trovador  
por miguel ángel granados chapa

Comienzo denunciando una superchería: ¿cómo que trovador solitario? ¿Solitario Pepe Jara? ¿A quién se le ocurrió semejante adjetivo? Un trovador, por definición, no está solo jamás. Pepe Jara, en consecuencia, tampoco lo ha estado nunca. Porque la misión de los trovadores en la vida, la misión de Pepe Jara es unir, servir de puente entre un hombre y una mujer, entre los seres humanos, entre las generaciones. Poner en comunión las almas y las conciencias, esa es la orden superior que acatan los trovadores, que acata Pepe Jara. Viven, vive, por tanto, en compañía, no en soledad. Cantar no puede ser un vicio solitario. Aunque se practique a solas, es un oficio de comunicación: une al autor y al intérprete, vincula el momento y la circunstancia de quien compuso una canción y el momento y la circunstancia de quien la canta. Cuando se hace en público, amplio o breve, a ese proceso de comunión se agrega su último y máspreciado elemento: el receptor final, la gente que se alegra y se resigna, padece y se consuela con las canciones recreadas, rehechas por quienes trovan, por los cancioneros como Pepe Jara.

Sin mengua de los derechos morales y patrimoniales de los autores, puede decirse que su tarea surge inacabada, incompleta, en espera de los toques delicados que surgen de la interpretación. Un dramaturgo sólo llega a ser un gran creador teatral, propiamente, cuando su obra es puesta en escena, es interpretada. Y algo semejante ocurre con la creación musical. Se requiere para concluirla el concurso de la interpretación, ese desciframiento de los signos, que no es sólo la lectura del papel pautado. Interpretar a un autor supone descubrir la calidad del momento en que una canción fue concebida. Requiere ejercer la empatía, esa capacidad de ponerse en el lugar de quien la creó, reproducir sus pulsiones y añadir las propias. Por eso suenan diferentes las varias versiones de una canción, idéntica a sí misma en su estructura, en su contenido, diversa según quien la transmita al público, quien haga las veces del mensajero alado.

Esa elevada misión, la de poseer la clave que permite a una canción ofrecer su significado a plenitud, decir lo que dijo quien la compuso y algo más, mucho más, es la misión que ha cumplido Pepe Jara durante su trayectoria, breve si atendemos a los días que ya pasaron, larga si avizoramos los muchos que vendrán. Por la altura eminente con que ha realizado esa vocación Pepe Jara, esta es una ocasión feliz que nos reúne no tanto para rendirle homenaje, que esa acción mucho tiene de frialdad y de distancia, sino para agradecerle su compañía. Porque él, ese presunto solitario, ha sido

en realidad practicante y destinatario de la compañía de millones de mexicanos que a lo largo de varias generaciones se han beneficiado de la música que Pepe Jara aprendió y ha puesto a disposición del mejor postor, que no es otro sino el público capaz de sentir con él.

¿De dónde es?, preguntamos cuando queremos conocer la oriundez de alguien. La respuesta en el caso de Pepe Jara es múltiple. No admite el enunciado de un punto solo de la geografía. Hay que enlistar la pequeña comunidad llamada Doña Cecilia, en el municipio de Ciudad Madero, Tamps.; a Ciudad del Maiz, en San Luis Potosí; a Nuevo Casas Grandes, en Chihuahua; a Culiacán, a Monterrey, a Guadalajara, a la ciudad de México. De todas esas partes es Pepe Jara. En todas ellas algo añadió, cada día, a su estatura, la verdadera, pues la física es sólo un disfraz, una maniobra para distraer al enemigo.

El enemigo: el peor que ha tenido Pepe Jara, y sobre el cual ha resultado siempre triunfante, fue la quietud, el conformismo, la mansa aceptación de un destino que aplasta la vitalidad. Derrotada por completo esa fascinante tentación que se cierne sobre todos los espíritus ( a los que ofrece el imaginario paraíso de una vida sin problemas, es decir sin gozos), Pepe Jara podría decir en su madurez, como Neruda: *Confieso que he vivido*.

Hoy, en el reposo del guerrero que emerge de las mil batallas que es toda vida plena, rodeado de Silvia Hermosillo y sus hijas y nietos, de sus amigos que son legión y de sus oyentes que han sido y son verdaderas multitudes, Pepe Jara puede volver la vista atrás y exclamar: "¡Si esta es la vida, que venga la vida otra vez!"

Hijo de músico, Pepe Jara aprendió a cantar sin darse cuenta, como ignora que habla en prosa el que la habla. La música, la ejecución de la guitarra se convirtieron en una segunda naturaleza, apenas sobrepuesta a la primera, que ha sido su inclinación a las mujeres, tempranamente despierta, jamás por completo dormida aunque a destiempo (como dijo de sí mismo un ex presidente famoso por sus lances en el terreno galano), a destiempo se haya dejado infectar por el virus de la fidelidad.

Las mujeres y el amor, el desamor y las mujeres han sido el tema de la música que canta Pepe Jara. Porque suele no haber mejor narcótico para fascinar a una mujer que las canciones que ensalzan su belleza, que exaltan sus virtudes, que la solicitan y seducen. Esa práctica es tan vieja como la historia, y aun más. No en balde nuestro Alfonso Reyes pudo hallar esta lección en la literatura griega clásica, en la *Ilíada* nada menos:

"Al partir para el sitio de Troya, Agamemnon dejó junto a Clitemnestra, la reina de Micenas, su esposa, a un músico dorio, encargado de sostenerla en las resoluciones sabias y prudentes y en el ánimo pudoroso que convenía a su estado. El modo dorio, en

efecto, inspiraba la continencia, a la manera de ciertos medicamentos. La Edad Media prefirió el cinturón de castidad; y aquí el caso de los disfraces y el percance del abrelatas, para la armadura de Juana de Arco. Pero el rey Agamemnon tenía confianza en la influencia de la música.

“En su ausencia, el pariente Egisto comenzó a rondar a la reina. Fue rechazado con indignación. ¿Por qué? ¡Ah, estaba de por medio el músico dorio!. Egisto no ignoraba la filosofía musical de su tiempo; era ese el menor de sus defectos. Ideó, al instante, un tratamiento apropiado. Bien pudo haber hecho asesinar simplemente al paje dorio. En la casa real de los Atridas, no contaba un homicidio más o menos. Pero el sutil Egisto prefirió pelear con armas iguales a las de Agamemnon.

“Quiere decir que trató a Clitemenestra homeopáticamente, la música contra la música, y --si se quiere--a la vez mediante la alopátia; pues empleó un método semejante, sí, pero opuesto al otro por el vértice. A fuerza de dinero, alejó de palacio al dorio y lo reemplazó por un lidio.

“Ahora bien, como todos saben, el modo lidio, en la música, provoca el amor más que la mandrágora o los especiosos consejos de Celestina.

“El resultado no se hizo esperar. Clitemnestra se enterneció y Egisto recibió permiso de acercarse. Y sobrevino aquel idilio de tan trágicas consecuencias, que hizo temblar el teatro de Atenas y cuyo recuerdo todavía nos salpica de sangre”

Y con tenue picardía don Alfonso concluye que “Agamemnon, al instituir en su alcoba una cátedra de música doria, se olvidó de nombrar, junto al titular, un profesor suplente”. (*Obras completas*, v. VIII, p.209)

Gran contribuyente a la educación sentimental de varias generaciones de mexicanos, la de Pepe Jara germinó en buena medida en ambientes prostibularios, en la calle nocturna, en la vagancia que hiere a las buenas conciencias. Allí se forjó su estilo, es decir su modo peculiar de acometer las creaciones de otros con su propia sazón. Rudo fue su aprendizaje de las artes de la vida, las musicales y las del negocio que las rodea. Virtuoso en la interpretación de canciones, era más bien lento en la administración de sus beneficios materiales, renuente siempre a hipotecar el presente en aras de un azaroso futuro, y viviendo como descubrió el poeta que lo hace la *Suave Patria*, siempre “al día, de milagro, como la lotería”.

Situado a menudo ante la tenue frontera del placer extremo que llega de extraer todo el zumo de la vida, y la degradación en que vio sumirse a tantos otros, Pepe Jara ensayó diversas modalidades de expresión musical. Formó muchos tríos casuales y varios con formalidad permanente: Los Pepes, fue el primero; y luego vino el Trío Culiacán, trasmutado en Los Duendes, con Antonio Pérez Meza y Gilberto Saucillo. Después haría pareja con Gilberto Valenzuela en un fugaz pero exitoso Duetto Miseria.

Y advino al fin el tiempo de conquistar a su auditorio con su voz y su guitarra, con su requinto bien temperado, con su modo de decir las canciones, de descifrar la letra, de dar a los tonos y a los ritmos nueva vida, al mismo tiempo fiel al designio del creador y suficientemente libre para que, por ejemplo las canciones de Alvaro Carrillo sean del compositor guerrerense y sean también de Pepe Jara cuando Pepe Jara las hace suyas.

Si algo más que el acatamiento al designio de ser cantor define la vida de Pepe Jara, ese algo es la lealtad a sus amigos, la claridad con que reconoce el valor de otros a los que, por ser sus contendientes, podría minusvaluar. Amigo generoso él mismo, ha sabido apreciar la generosidad de sus amigos. De entre ellos descuella el vínculo que lo unió, lo une hoy mismo, con el ingeniero Alvaro Carrillo, ese agrónomo chapínguero que tantas semillas de canción romántica sembrara para que florecieran y dieran fruto en labios de sus cancioneros.

Pero siendo grande como es la identificación de Pepe Jara con Alvaro Carrillo, disminuiría a Pepe Jara la pretensión de limitarlo a ese papel en la historia musical de México. Lo correcto es poseer al respecto una visión amplia. Por ejemplo, Yolanda Moreno Rivas, tristemente muerta hace no mucho tiempo, y acaso la mejor relatora del desarrollo de nuestra música, escogió no una canción de Alvaro Carrillo sino una de Armando Manzanero para ilustrar el papel de Pepe Jara, en su magna obra *Historia de la música popular mexicana*, en cuyo volumen seis, dedicado al "Bolero romántico, los grandes compositores e intérpretes", figura Pepe Jara al lado de sus iguales, sean anteriores a su vigencia, como Fernando Fernández; contemporáneos suyos, como Marco Antonio Muñoz; o posteriores a él, como José José.

Formado en el encaramiento con el público, en los salones donde es posible susurrar las canciones o hay que combatir con el ruido ambiente, Pepe Jara se hizo también figura de los medios, la radio, los discos, la televisión. Ha pervivido desde el tiempo de los discos de acetato, de 78 revoluciones por minuto, cuya gruesa aguja metálica ahondaba cada vez los surcos hasta los días del disco compacto, en que el sabio ojo del rayo laser no requiere más que iluminar la superficie sonora.

Hoy que falsas figuras, fruto espurio de la tecnología, pretenden convertirse en mensajeros de los dioses, portadores de los recados gozosos o doloridos del amor, es hora de revalorar al bolero a través de dar dimensión cabal a quienes le imprimieron verdaderamente su sentido, su significado, sus razones de ser. Es hora de dar a todos, en la persona de Pepe Jara, su merecido: el calor, el afecto, el respeto que este trovador en compañía ha sabido ganarse desde siempre, para siempre.